

los que por un gusto breve y pequeño desprecian los eternos é inmensos! ¡Oh grandeza de la omnipotencia y liberalidad divina, que tan grandes bienes preparó á los humildes y pequeñuelos que le sirven, los cuales, ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni cayó en pensamiento humano! San Agustín, que tan altamente pensó, y cuyo entendimiento fue de los mayores del mundo, se halló corto para decirlos y aun pensarlos: el cual, queriendo escribir de la gloria, y tomando la pluma en la mano, vió en su aposento un notable resplandor, y sintió una fragancia tan grande, que le enajenó y sacó de sí, y oyó una voz que le decía: ¿Qué intentas, Agustino? ¿Piensas que es posible agotar las gotas del mar, ó abarcar con la mano toda la redondez de la tierra, y hacer que los cuerpos celestiales suspendan el curso de su movimiento? Lo que ningunos ojos vieron ¿quieres tú ver? Y lo que ningunos oídos percibieron ¿quieres tú oír? Lo que ningun corazón alcanzó ni entendimiento humano imaginó ¿piensas tú que lo has de comprender? ¿Qué fin ha de hallarse á lo que es infinito? Y ¿cómo puede ser medido lo que es inmenso? Primero serán posibles todos estos imposibles, que tú podrás dar á entender la menor parte de gloria que gozan los bienaventurados. Si á uno que se hubiese siempre criado en una mazmorra, sin haber visto mas luz que la de un pequeño candil, le dijese que había sobre la tierra el sol, el cual era una luz que á todo el mundo alumbraba por mas de cien mil leguas; este tal, por mas que le dijese, no haría concepto cabal del sol. Pues mucho menos se puede hacer concepto de la luz, grandeza y gloria de las cosas de la otra vida, por mas que se nos declaren con la comparación de las mayores hermosuras de este mundo. Tan inefables bienes desprecia un pecador por hacerse despreciable y maldito.

§ III.

De la misma manera los males y penas de este mundo no son comparables con la grandeza de las eternas; y así como trescientos años de un gozo del cielo no pareció á aquel siervo de Dios mas tiempo que de tres horas, así tambien, por el contrario, tres horas de las penas eternas parecerán muchos años. ¡Oh qué caros son los gustos breves del sentido, pues se pagan con tan largo y multiplicado tormento! Porque si solo se pagase de infierno no mas larga pena que duró el gusto, no sería insufrible, y parecería diez mil veces mas prolijo. ¡Qué será habiendo de ser eterno el castigo, aunque el gusto que traspasó la ley divina fuese de un momento! ¡Oh penas de este mundo, enfermedades, dolores y miserias, y cuán de risa sois comparadas con las eternas, pues todo lo que podeis durar es poco, y todo lo que podeis afligir no es mucho! Y si por vuestras penalidades temporales escapamos de las eternas, dichosísimas sois, y debeis ser recibidas con mil parabienes y gran contento.

CAPÍTULO II.

La grandeza de la honra eterna de los justos.

Consideremos en particular la grandeza en los bienes de la otra vida, en los cuales hay honras, y riquezas, y gustos, y bienes del alma y del cuerpo. De cada una de estas cosas harémos particular consideracion; y dando principio por las honras, no hay duda sino que en el cielo ha de ser sumo el premio que en la honra se ha de hacer á los justos: lo uno, por ser en la criatura racional el mas fuerte apetito el de la honra; lo otro, por habernos exhortado Cristo á la humildad para entrar allá, y haber prometido grande ensalzamiento y honra á los humildes: y así en aquel lugar de la hartura y cumplimiento de todo lo que se puede desear, y de remuneracion y premio, no se puede dudar sino que ha de ser muy grande la honra que ha de alcanzar el siervo de Cristo imitador de su humildad, de lo cual hay muchas promesas en la sagrada Escritura. El mismo Cristo dijo que su Padre lo honrará en el cielo; David cantó (1): *Con gloria y honor le coronaste*. El Eclesiástico dice (2), segun lo aplica la Iglesia: *La corona de oro sobre su cabeza grabada con señal de santidad, gloria de honra y obra de virtud*. Además de esto todo lo que pueden hacer los que sirven á Dios es solo honrarle, porque no pueden aumentar otro bien divino; porque ni el gozo y gusto eterno de Dios pueden aumentarse, ni le pueden ser en cosa alguna de provecho; porque todos sus bienes intrínsecos tiene infinitamente perfectos: solo la gloria y honra, en cuanto es bien exterior, es capaz de aumento; y esta es la que dan á Dios los Santos con sus servicios: y como Dios sea tan agradecido, págales en la misma moneda, y no puede dejar de honrar mucho á los que le honraron á él. Llega esta honra á tanto, que dijo el mismo Cristo estas palabras (3): *Al que venciere, yo le daré que se sienta conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono*. De la cual promesa espantado un Doctor, exclama (4): *¡Cuán grande será aquella gloria de ser sentada una alma justa delante de infinita multitud de Ángeles en el mismo trono de Cristo y de Dios, y ser por el recto juicio de Dios alabada por vencedora del mundo y de todas las potestades invisibles de los demonios! Y ¡con cuánta alegría se regocijará la misma alma cuando se vea libre de todo peligro y trabajo triunfar de todos sus enemigos dichosísimamente! ¿Qué habrá que pueda desear mas que verse participante de todos los bienes divinos hasta la compañía de un mismo trono? ¡Oh cuán alegremente pelean en la tierra, cuán fácilmente llevan todas las cosas adversas por Cristo los que con viva fe y cierta esperanza conocen con*

(1) Psalm. viii, 6. — (2) Eccl. xlv, 14. — (3) Apoc. iii, 21.

(4) Belar. l. 1 de eterna felicit. c. 4 in fin.

los ojos del alma honras tan sublimes! Por cierto que con mucha razon se ha alzado con el nombre de gloria la bienaventuranza, por ser tan excesiva la honra que tienen allí los Santos.

¿Qué honra será esta de la otra vida, cuando se vea dar en premio de su santidad á los justos no menor prenda que el mismo Dios? La naturaleza de la honra es ser premio de la virtud, y quanto un poderoso rey diere mas á un grande capitán por galardón de sus servicios, tanto mas honra le hace. Pues ¿qué honra será que no solo dé Dios, á los que le sirvieron, que pisen las estrellas, que habiten los palacios del cielo, que sean señores del mundo, sino que trascendiendo todo lo criado, no hallando entre todas sus riquezas bastante premio para honrarles sino su misma esencia infinita que se les dé para poseer y gozar, no por un dia, sino por toda una eternidad? La mayor honra que hacian los romanos á sus grandes capitanes era darles un dia de triunfo, y en él una corona de yerbas ú hojas de árboles que al otro dia se secaban. ¡Oh honradísima virtud de los cristianos, cuyo triunfo dura eternamente en el cielo, donde recibirá por corona inmarcesible al mismo Dios! ¡Oh dichosísima diadema de los justos! ¡oh preciosísima guirnalda de los Santos, pues no es de menor precio que lo que vale, y es Dios! Sapor, rey de los persas, fue deseosísimo de honra; por lo cual se llamaba hermano del sol y de la luna, amigo de los planetas, é hizo en un lugar muy alto una gran máquina de vidrio, redonda como una bola, y puesta con cierto artificio, de manera que en medio de ella estaba representándose el sol, la luna y las estrellas, y parecia que salian debajo de sus piés. El estar coronado sobre este retrato de los cielos de los planetas tenia aquel Rey por suma honra. ¿Cuál será la honra de los justos que real y verdaderamente estarán sobre el mismo sol, luna y firmamento, coronados de la mano de Dios? Y si es honra el aplauso de los hombres y buen concepto que tienen de alguno, ¿qué honra será el aplauso que tendrá un justo en el cielo, y buen concepto no solo de los Ángeles y bienaventurados, pero del mismo Señor de todos, cuyo juicio vale mas que el de todas las criaturas, y así honra mas? Pues ¿qué gloria puede ser mayor que Dios juzgue á un justo por digno de no menos premio que de sí mismo? Para David fue de suma honra que juzgase el rey Saul que no merecian menos sus hazañas que recibir en premio á su hija. Dios pasa de aquí, y honra tanto los servicios de un predestinado, que juzga que sus merecimientos no merecen cosa menor que á sí mismo. ¡Oh dichoso trabajo de la virtud que alcanza tal galardón! ¡oh dichosa lucha y batalla de los justos contra los vicios, pues merece tal corona en el triunfo de su victoria!

§ II.

Fuera de esto, mientras es uno conocido de mas hombres y alabado por bueno de mayor multitud, se tiene por mas glorioso; pero soledad

es todo este mundo respecto de los ciudadanos del cielo, donde son sin número los Ángeles que aprueban y alaban las virtudes de los Santos; y todas las criaturas son como nada, y todos los hombres y Ángeles como un yermo solitario respecto del Criador. ¿Qué tiene que ver la fama que pueden dar los hombres de un reino ni de toda Europa respecto de la gloria que causará al justo la aprobacion de todos los bienaventurados, Ángeles y hombres, y aun de todos los condenados en el dia del juicio? Mas no tiene que ver la aprobacion de todo entendimiento criado respecto de sola la aprobacion del divino, que solo puede honrar mas que todas las criaturas. ¿Qué hombre ha habido tan glorioso en la tierra que haya sido conocido su valor de todos los hombres? Porque los que nacieron antes de su tiempo no lo conocieron, y muchos de los que nacieren no lo conocerán; pero no hay ningun predestinado en el cielo que no sea conocido de todos los hombres del mundo nacidos y por nacer, y fuera de esto de los Ángeles y del Rey de hombres y Ángeles. La fama humana se funda en el aplauso de hombres mortales, los cuales, fuera de ser menos que los Ángeles, se pueden engañar y pueden mentir, y los mas son pecadores y malos. Pues ¿cuánto excederá la honra que se hace en el cielo á un justo por los Ángeles santos y por aquellas almas de los bienaventurados, purísimas y santísimas, que no pueden engañar ni engañarse? Si uno estima ser honrado de los reyes de la tierra, de los grandes de sus reinos y de los doctores sumos de las universidades mas que de los rústicos de una pequeña aldea, ignorantes y bárbaros, ¿cuán sin comparacion debe estimar la honra que le harán en el cielo todos aquellos bienaventurados, que son reyes y grandes de la corte de Dios, y llenos de suma sabiduría? Bien puede uno sufrir ser despreciado de los hombres por venir á ser honrado de los Ángeles: bien nos podemos reir de los dichos y juicios engañados de los mundanos, si son contrarios á los juicios de los celestiales espíritus. Toda honra de hombre es ridícula, y su apetito no es mas prudente que si un gusano, como dice san Anselmo (1), deseara ser alabado de otros gusanos, y ser antepuesto á ellos. Aldea es la tierra, ó, por mejor decir, una estrecha choza respecto del cielo: no cuidemos de ganar nombre en ella, sino que se escriba el nuestro en el cielo, en cuya comparacion mucho es decir que no es la tierra mas que un punto, como dice Séneca; porque Boecio prueba que es menos, el cual dice (2): *A esta tan pequeñita particula de tierra, si la quitares quanto ocupan los mares, las lagunas, los lugares inhabitados y llenos de ferias, apenas se dejará á los hombres una muy angosta era de habitacion; pues encerrados en este pequenísimo punto, ¿cómo pensais de extender vuestra fama y publicar vuestro nombre?* Coteje uno lo que es la tierra y lo que es el cielo, y echará de ver la ventaja que hay de la honra que pueden dar en la tierra á la que se da en el cielo, porque no va me-

(1) Ansel. lib. de Simil. c. 95. — (2) Boet. lib. 2 de Consolation. pros. 7.

nor diferencia de una á otra honra que la distancia del cielo á la tierra.

Los que tuvieren la dicha de salvarse serán honrados por toda la corte celestial. ¿Qué honra se puede esperar mayor? ¿Qué comparacion pueden tener todas las reverencias y adoraciones de todos los hombres de este mundo con sola una inclinacion y reverencia de un Santo del cielo? Pues la de todos juntos ¿cuál será? Dice la Iglesia de san Martin (1) que fue honrado cuando entró en el cielo con himnos celestiales; esto es, con cantares que cantaron los bienaventurados en alabanza, como que le cantaban la gala y victoria. Si á Saul le pareció demasiada honra de David que le celebrasen las doncellas con cantares de su alabanza, ¿qué honra será celebrar á uno todos los Ángeles y Santos con motetes celestiales? Al cardenal Belarmino le parece (2) que cuando un siervo de Dios entra en el cielo es recibido con música, cantándole muchas veces los bienaventurados aquellas palabras: *Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en pocas cosas serás levantado sobre muchas; entra en el gozo de tu señor*: las cuales palabras repetirán á coros. Esto será cantar la victoria, esto será honra sobre todas las honras del mundo; porque será honra verdadera, y dada por tan grandes sábios, santas y verídicas personas. Por lo cual dijo san Agustin (3): *Allí estará la verdadera gloria, donde ninguno será alabado por error ó adulacion del que alaba; y verdadera honra, que ni se negará al digno, ni se concederá al indigno.*

§ III.

Aunque este aplauso y honra que se hace á un justo en el cielo por los ciudadanos de aquella ciudad santa es incomparable, sobre todo es el agasajo y honra con que le tratará el mismo Dios, la cual para explicarla Cristo nuestro Redentor no lo hizo con menor semejanza que con la honra que hace un siervo á su señor á quien sirve; y así dijo que el mismo Dios en el cielo se habrá con los bienaventurados como quien les sirve á la mesa. Acá entre los hombres es suma honra si un rey hace que se siente uno á su mesa; pero que sirva el rey como esclavo á un vasallo suyo, ¿cuándo se ha visto, ó cuándo se ha imaginado? Por cierto que con razon dijo David á Dios que eran demasiadamente honrados sus amigos: y el mismo David hizo por grande honra que Mifiboset se sentara á su mesa, con ser Mifiboset nieto de rey é hijo de un príncipe el mejor de Israel, y á quien David debía la vida; pero no llegó á hacer mas honra ni cortesía que esta. Aman, que fue de los mas ambiciosos (4) y soberbios hombres del mundo, juzgó que la mas excesiva honra que le pudiera hacer el rey Asuero fuera que le mandara ir en su caballo llevándole del freno el principal grande del reino; pero no le cayó en la ima-

(1) In Offic. — (2) Belar. de æter. felic. lib. 4, cap. 2. — (3) Lib. 2 de Civ. cap. 30. — (4) Esther, vi.

ginacion que el mismo rey Asuero le llevase del freno y le sirviese. Excede á todo pensamiento humano la honra que hace Dios á los justos, el cual no se harta de honrarlos; porque fuera de coronar á todos los bienaventurados con su misma divinidad, dándoseles á gozar y poseer á sí mismo, les honra con nuevas coronas los hechos y victorias que tuvieron. De Alejandro, hermano de santa Matilde é hijo del rey de Escocia, escribe Tomás de Cantimprato (1) que se apareció á un monje con dos coronas, y preguntado por qué traia las coronas duplicadas, respondió: La que traigo en la cabeza es la que es comun á todos los bienaventurados; mas esta otra que traigo en las manos es porque renuncié por Cristo mi reino. Sobre todos campearán los Mártires, las Virgenes y los Doctores, á los cuales honrará Dios muy particularmente, dándoles diversas lauréolas con que resplandecerán en el cielo y serán señalados entre los demás bienaventurados; porque juntamente con el particular gozo que se les comunica en el alma, se les imprime una señal hermosísima con que sean señalados y conocidos entre las demás almas santas: al modo que con los sacramentos del Bautismo, Confirmacion y Sacerdocio se imprime un carácter que ha de durar eternamente. Fuera de esto, cuando resuciten han de tener particular divisa con que sean conocidos y honrados. De los Doctores dijo el profeta Daniel que lucian como estrellas en el firmamento; dando á entender que, así como las estrellas sobresalen en el cielo por la ventaja de luz, así los Doctores serán conocidos en la corte de Dios por la claridad que echarán de sí. Y si el menor justo resplandecerá siete veces mas que el sol, ¿qué resplandor será el que sobresalga sobre soles tan resplandecientes? De los Mártires dice san Juan (2) que iban vestidos de blanco, y con las palmas en las manos, como en señal de su victoria; porque así como un rey es honrado con que él solo vista púrpura real y tenga el cetro en las manos, así tambien son honrados los Mártires con aquella rica vestidura y con el ramo de palma. Tambien dice de las Virgenes el mismo san Juan (3) que tienen el nombre de Cristo y de su Padre impreso en la frente; esto es, una particular insignia que las diferencia de los demás; que es conforme á la profecía de Isaias, que dijo (4) se habia de dar á las Virgenes un nombre superior y mas noble que el comun de los hijos de Dios; y como dice san Agustin, por eso por ventura se les da nombre, esto es, divisa especial; porque por ella se diferenciarán de los demás, como se diferencian por el nombre unos de otros.

Además de esto, tendrán particular señal ó resplandor los miembros de los bienaventurados con que se hubiere servido mas á Dios, y se hubiere padecido mas por su amor, como nota san Agustin (5). Pues ¿qué honra será la de san Estéban con tantas honras como pedradas recibió, echando

(1) Lib. 10 Apum. — (2) Apoc. xxi. — (3) Ibid. xxii. — (4) Isai. lvi. (5) Aug. 1. 22 de Civit.

de aquellas partes donde recibió los golpes particulares rayos de luz? ¿Y con qué ropa tan rozagante de luz estará san Bartolomé, pues fue despojado de su misma piel? Y Santiago el Interciso, ¿qué esmaltes tan vistosos tendrá en cada dedo y miembro, pues uno á uno se los cortaron por Cristo? Hasta los Confesores en aquellos sentidos en que ejercitaron particular mortificacion tendrán particular esmalte de luz. A santa Matilde le fue mostrado san Juan Evangelista con particular resplandor y gracia en los ojos por no haberse atrevido á alzarlos á mirar á la Virgen, cuando vivia con ella, del sumo respeto y reverencia que la tenia. No ha de haber modo de honrar que no se haga á los actos heróicos de virtud que se hicieron en esta vida, los cuales se leerán en cada predestinado sin tener necesidad de historias, ni anales, ni estatuas, para que se sepan y eternicen, como tiene necesidad la honra mundana; porque como es menguada y caduca ha menester estas cosas para conservarse por algun tiempo, porque mucho no suele durar. Por eso levantaban estatuas los romanos á los que querian honrar, para que ya que ellos eran mortales, quedase despues de sus dias aquella imagen y memoria suya por donde se conociesen, y juntamente el bien que habian hecho á la república. Mas en el cielo no es menester este artificio, pues los que allí se honran han de ser inmortales, y ellos en sí mismos con particular divisa mostrarán claro testimonio de sus hazañas y victorias. No está pendiente el honor de los justos de accidentes, no está expuesto á peligros, ni depende solo de dichos; en sí tienen su gloria y dignidad bien diferentes que las glorias humanas. Las dignidades del imperio romano (1), como se colige del derecho civil, eran cuatro: las cuales eran los títulos de perfectísimo, clarísimo, espectable é ilustre. Estas honras solo eran en el nombre ó reputacion, no en la sustancia y verdad; porque se llamaba perfectísimo quien era imprudente, necio, apasionado, vicioso, y en todo imperfecto y menguado; llamábase clarísimo quien no tenia claridad ni resplandor alguno, sino la oscuridad de muchos vicios; llamábanse espectables y especiosos aquellos que por no mirarlos se pudiera huir muchas leguas; tambien se decian ilustres los que andaban envueltos en tinieblas de ignorancias y vicios, sin tener virtud que en ellos reluciese. Pero porque se vea cuánta distancia habrá de las honras del cielo á las de la tierra, cuanto va del ser á decirse solo, esto es, de la verdad á la mentira, en el cielo no solo se dirán los bienaventurados, sino que serán todos perfectísimos, así en el cuerpo como en el alma, sin ninguna imperfeccion ni mengua, antes serán en todo consumados y perfectos: no solo se dirán clarísimos, sino que lo serán, porque tendrán el don de claridad, echando todos mas claros rayos de sí que el mismo sol; y si el sol es la cosa mas clara de la naturaleza, los que han de sobrepasar siete veces la claridad del

(1) Franc. Othomam. Goth. ad lib. 200 de verbor. s. g. et ad nov. 20. Cantic. ad tit. de dignit.

sol, clarísimos sin duda serán: no solo se dirán espectables ó especiosos, y dignos de ser vistos, pero lo serán; porque su hermosura y decencia será sumamente espectable, digna no solo de mirarse, pero de admirarse; ni solo se dirán, pero serán muy ilustres, porque bastará cada uno con su luz á ilustrar muchos mundos: tanta será la luz que echarán de sí. Si un solo título falso de lo que con verdad poseen y son los bienaventurados era lo que honraba y respetaba el imperio romano, tener la verdad y la sustancia de ello en el cielo ¿cuán grande honra será? Con razon llamó Matatías (1) á la gloria del mundo estiércol y gusanos, porque toda honra y gloria mundana es vileza y asco, ignominia é infamia respecto de la que se hace en el cielo á los justos, y toda dignidad y grandeza de la tierra es deslucimiento y pequeñez respecto de las dignidades de los Santos en el cielo. ¿Qué mayor honra que ser amigos de Dios, é hijos y herederos suyos, y reyes en el reino de los cielos? Pintónos san Juan en el Apocalipsis (2) esta honra y dignidad de los bienaventurados en aquellos veinte y cuatro seniores que estaban al rededor del trono divino, los cuales estaban con tanta autoridad y en tanta dignidad, que estaba cada uno sentado delante del Señor, y no como quiera sentado, sino en un trono magnífico. Además de esto estaban vestidos de unas togas y vestiduras rozagantes, blanquísimas sobremanera, en señal de su gozo eterno, para demostracion de la misma dignidad que tenian. Además de esto estaban coronados todos con coronas de oro. El cubrirse delante de la persona real es la mayor honra que hacen á sus grandes príncipes los reyes de la tierra; pero Dios no solo hace á sus siervos esta honra, sino que estén delante de él cubiertos con coronas de oro, y sentados no como quiera, sino en trono; y esta misma honra hará á sus discípulos el dia del juicio, donde estarán sentados con Cristo, y siendo jueces juntamente con él.

§ IV.

Por cierto no es imaginable honra mayor que la que alcanza un predestinado: porque si miramos el que honra, es Dios; si miramos con qué honra, es no con menor joya que la misma divinidad, y con otros soberanos dones; si miramos la publicidad de la honra, es delante de todo el teatro del cielo, y el dia del juicio delante de cielo y tierra, Ángeles, hombres y demonios; si miramos el tiempo, es por la eternidad; si miramos el título, es la misma verdad y sustancia, no el vocablo vacío y nombre vano. Por todo esto se echa bien de ver la causa por que siendo la bienaventuranza una junta de todos los bienes, se ha alzado con este nombre de gloria, llamándose la gloria por antonomasia; y es, porque aunque haya en ella contentos, gustos, sumas riquezas, y todos

(1) II Mach. II. — (2) Apoc. IV.

cuantos bienes se pueden desear, parece que sobresale entre todos el de la gloria y honra que se hace á los Santos.

Puédese tambien echar de ver lo que Dios honrará en el cielo á las almas gloriosas por lo que honra aun en la tierra á sus huesos carcomidos; de lo cual dice san Crisóstomo estas palabras (1): *¿En dónde está ahora el sepulcro de Alejandro Magno? Ruégote que me lo muestres, y digas el dia en que murió. Pero los sepulcros de los siervos de Cristo son tan espléndidos, que han ocupado á la ciudad mas principal y mas imperial de todas, y los dias en que murieron son bien conocidos, y son de fiesta por todo el orbe. El sepulcro de aquel sus mas allegados le ignoran; el de estos los mismos bárbaros saben dónde está. Además de esto, los sepulcros de aquellos que sirvieron á Cristo exceden en resplandor á los palacios reales, no solo por razon de las magnificencias y hermosura de los edificios, porque por esta parte tambien se les aventajan; sino, lo que es mucho mas, por la reverencia y gusto de los que acuden á ellos, porque hasta el que viste púrpura frecuenta sus sepulcros para reverenciarlos; y deponiendo su majestad y fausto, está humilde, suplicándoles que le ayuden con Dios, teniendo por patronos y amparo á un pescador y un oficial de tabernáculos, que están ya muertos, y está instándoles con ruegos el que está coronado con diadema. ¿Qué milagros no ha hecho Dios por las reliquias de sus siervos? ¿Qué prodigios no ha causado en sus cuerpos? San Crisóstomo escribe de san Juvencio y san Máximo (2) que sus cadáveres despues de muertos echaban tales rayos y resplandores, que no los podia sufrir la vista de quien los miraba. Sulpicio Severo escribe de san Martin (3) que quedó su cuerpo muerto como glorificado, porque estaba su carne mas pura que el cristal y mas blanca que la leche. Con el cuerpo de san Eduardo rey y de san Francisco Javier ¿qué maravillas no hizo Dios, guardándolos tantos años incorruptos? Y si esto hace con los cuerpos de sus siervos que están debajo de tierra, ¿qué hará con sus almas que están sobre los cielos, y qué hará con cuerpo y alma cuando resuciten los cuerpos gloriosos, y entren despues del dia del juicio triunfando en la ciudad santa de Dios y verdaderamente eterna?*

CAPÍTULO III.

De las riquezas y reino eterno del cielo.

No son menores las riquezas eternas que las honras, aunque son tan inestimables, como hemos dicho; porque no hay mayores riquezas que no carecer de bien alguno, ni tener falta de cosa que se desee; y en aquella vida bienaventurada no ha de faltar bien, y todo deseo ha de estar

(1) In II Cor. hom. 26. — (2) Chrysost. in serm. de S. Juven. et Max.
(3) Sever. in epist. ad Socrum.

satisfecho. Y si, como dijeron los filósofos, no es rico el que tiene, sino el que no desea, no habiendo allí deseo por cumplir, hay suma riqueza. Tambien decian los estóicos que el pobre no era el que carecia de alguna cosa, sino el que necesitaba; y como en aquel reino celestial no ha de haber necesidad alguna, riquísimo es el que entra en él. Por estas divinas riquezas, cuando en varias parábolas trata Cristo del reino de los cielos, lo mas ordinario es hablar de él con nombres y enigmas de cosas ricas. Una vez llamándole tesoro escondido, otra margarita preciosa, otra dinero; porque si la bienaventuranza es poseer á Dios enteramente, ¿qué riquezas se pueden comparar con ella? ¿Qué posesiones puede haber mayores que la posesion de Dios? ¿Qué heredades mas ricas que la herencia del reino de los cielos? ¿Qué joya mas preciosa que la divinidad? ¿Qué oro mas subido que el Criador del oro y de todas las cosas preciosas, el cual se da á los Santos por posesion y riquezas, para que abominemos todas las riquezas temporales, si por ellas se han de perder las eternas, pues son tales? Y no se aflijan los que han de morir mañana por los bienes que pueden perecer primero que ellos, ni se afanen por poseer lo que han de dejar de gozar, ni pidan con mas instancia lo caduco; que rueguen por su salvacion eterna, prefiriendo las riquezas perecederas á las que han de durar para siempre, y lo criado al Criador, no buscando á Dios por lo que es, sino por lo que da, y por aquello en que da menos, que es lo temporal, de lo cual lastimado san Agustin dice (1): *Dios quiere ser servido graciosamente, quiere ser amado sin interés; esto es, puramente: y no por eso ser amado, porque da algo fuera de sí, sino porque se da á sí mismo; y así el que invoca á Dios para que le haga rico, no invoca á Dios, sino aquello que quiere que le venga; porque ¿qué es invocar ó llamar sino clamar á sí? Porque cuando se dice: Dios mio, dame riquezas, no quieres que Dios venga á tí, sino que te vengan las riquezas; pero si invocaras á Dios, él viniera á tí, él fuera tus riquezas; pero tú quieres tener el arca llena y vacío el corazon: mas Dios no hinche el arca, sino el pecho.*

§ II.

Fuera de la posesion de Dios, importa mucho hacer concepto del reino de los cielos, que es de los justos, donde reinarán con Cristo eternamente; y así son inmensas sus riquezas, pues son reyes de un reino tan grande. Llámase el lugar donde han de habitar los Santos en la bienaventuranza reino de los cielos; porque es una region extendidísima, mucho mas grande que por ventura hará concepto de ella nuestro entendimiento: y si la tierra, con ser un punto respecto de los cielos, contiene en sí tantos y tan grandes reinos, ¿cuál será aquel reino que es

(1) S. Aug. in Psalm. lxx.